

de casarse, escogiera siempre Leicester, con quien nunca se uniría por conservar su independencia personal y propia en las alturas del trono, y tener por heredera única en su muerte á la Reina de Escocia. Esta, de continuo anhelante por dignidad tan codiciada, sugería con porfiado empeño á su embajador, la idea de aceptar á Leicester por marido, si la Reina de Inglaterra, su prima, la designaba públicamente por única heredera. Isabel, en su astucia redomada, sonreíase con sarcasmo cuando columbraba en sus salones al embajador de Escocia y le ponía un mote ingeniosísimo, le llamaba campana de agonía, porque doblaba de continuo á muerto. En estas, dos partidos surgieron por Escocia, como suele suceder en todos los pueblos perturbados, ocasionadísimos á producir y organizar agrupaciones fugaces alrededor de cualquier proyecto y de cualquier acontecimiento. Murray era el jefe de los partidarios del matrimonio inglés, como Atol era el jefe de todos sus enemigos. Lethington, embajador de la Reina María en Londres, no miraba solo á la ventura particular de ambas Reinas, sino á la union de Inglaterra y Escocia, diciendo que si lograba el grandioso intento, su gloria personal eclipsaría la gloria del valeroso Eduardo I, que conquistó á Escocia para los ingleses, y aun á la gloria de Roberto Bruce, que reconquistó en porfiadísimas batallas Escocia para los escoceses. El combate interior sostenido por Isabel, retrasando la resolución definitiva, malogró todos los intentos. La razón de Estado constreñíala con su fuerza incontrastable á ceder el amante para marido á su prima; mas, jefe del Estado y mujer al mismo tiempo, cuando los plazos se cumplían, cuando se acercaban los momentos de tan gran sacrificio, iba poco á poco retrocediendo en sus propósitos, y acababa por inapelables negativas. El ruidoso litigio consistió en esto, en pretender María que se la declarase antes del matrimonio heredera, y en pretender Isabel que solo debía declararla despues del matrimonio. Así llegó á frustrarse tan extraño proyecto.

Habia entonces en el destierro un jóven á quien su nacimiento daba ciertos títulos para justificar enlace régio. Era este Lord Enrique Darnley, conde soberano de Lennox, perteneciente á la casa misma de los Estuardos y nieto de Margarita Tudor, augusta viuda de Jacobo IV. La sangre de Isabel y la sangre de María circulaba por sus venas. Los dos régios apellidos

ingleses entroncábanse á una con su nombre. Blanco, rubio, sonrosado; de una belleza poco varonil, pero atractiva; de un temperamento dulce y afable, conmovió Darnley con facilidad un corazón como el de María tan fácil á todas las emociones. Tomó esta un gusto pasajero por una pasión verdadera, y prefirió este matrimonio á todos los antes propuestos y prometidos. La víspera de este enlace confirió al elegido el título de Rey. Al casarse María se vistió su traje de viuda para indicar que conservaba hasta en aquel momento, un religioso recuerdo á su primer esposo. Despues, para presentarse al banquete nupcial descifñóse todos estos lutos y vistió espléndido traje de novia. A la mesa todo un conde de Athol se puso tras su silla; todo un conde de Morton le cortó las viandas; y todo un conde de Crawford le escanció el vino; mientras los demás gentiles hombres arrojaban monedas con generosidad al pueblo entusiasmado y repetían la palabra de todas las bodas, la palabra felicidad. Ya veremos cuán trágicamente acabó mas tarde matrimonio celebrado bajo tan prósperos y favorables auspicios. El destino habia sellado con marca de inevitable desventura la régia frente de María Estuardo.

Este matrimonio disgustó mucho á los jefes del protestantismo en Escocia. Creyeronlo todos amenaza grave á su creencia; y se aparejaron para defenderla y salvarla. Murray, verdadero jefe civil de la Iglesia calvinista, echó tambien á la parte religiosa y eclesiástica el profundo resentimiento experimentado al verse por un rival tan formidable como el esposo de la Reina, sustituido y reemplazado. Absoluto dueño del régio albedrío; acostumbrado á considerar la soberana de toda Escocia como un símbolo de su propio poder y no como un poder ajeno, dolíase de la mengua sufrida por su autoridad y del favor concedido contra su consejo á un inexperto mancebo. Sus temores crecían de punto considerando que la herencia del trono británico se concentraba cada vez mas en los Estuardos católicos y se iba de los Tudores protestantes; pues mientras María casándose aseguraba una descendencia fácil y una perpetuidad probable á su familia, quedábase estéril y soltera la Reina del Protestantismo. Estos temores fundados, crecieron á una y se divulgaron en los ánimos de todos los protestantes, enardecidos por el culto exaltado que dispier-ta siempre una fe nueva. Y como en aquellos tiempos cualquier idea ó cualquier sentimiento engendraba con facilidad suma la guerra, Murray alzóse airado en

armas, invocando los derechos del Parlamento y los derechos del Protestantismo. Decíale al Parlamento que cosa tan trascendental como el régio enlace, á cuya virtud tantos intereses múltiples se libraban, habíase anudado sin su formal acuerdo; y decíale al Protestantismo que aquellos amores entre dos cónyuges católicos engendrarian tarde ó temprano lobeznos enemigos de sus dogmas. Y en torno de tales aprensiones mas ó menos fundadas se organizó un poderoso ejército, y este poderoso ejército se dirigió á desacatar y destruir la triste autoridad de María. No hallaba esta ningun remedio leve pues la guerra necesita guerra; y la rebelion que no se ahoga en su cuna, crece con la voracidad propia de los grandes incendios. María se lanzó al campo, en guisa de terrible amazona. Su cuerpo delicadísimo parecia el mas avezado á las inclemencias del aire; su brazo el mas fuerte y enérgico en los empeños del combate; su caballo el mas ligero en las acometidas guerreras; su valor el mas varonil y temerario. Llevaba en el cinto puñales, en el costado espada, en el arzon pistolas; é iba diciendo á cuantos querian oirla, que no se trataba del derecho de la Iglesia nueva, ni del poder de la reforma religiosa, sino de unos cuantos rebeldes, los cuales, no satisfechos con haberse apoderado, en su omnipotencia, de todos los honores y de todas las tierras, deseaban perpetuar la triste anarquía para que mandasen los vasallos y obedeciesen los príncipes en el desconcierto universal. A los empujes de tamañas pasiones la rebelion cayó arrollada; y Murray, como jefe del partido protestante y del partido inglés, huyó á refugiarse bajo el amparo de Isabel en la cercana Inglaterra. Y la Reina protestante, con esa doblez propia de su complexion y con ese arte consumado en el disimulo y en el dolo que la hiciera sin duda el primer diplomático de su siglo, reconvinó públicamente á Murray por su desobediencia, despues de haberlo sostenido y alentado en secreto.

María, ensoberbecida por su victoria, cayó en una especie de demencia. Creyóse omnipotente, porque habia sido un minuto afortunada. Sin comprender la debilidad intrínseca de su corona, la expuso á todas las inclemencias del combate y la hizo triste símbolo de venganza. En el arte, la exageracion lleva siempre á las hinchazones mortales de la decadencia; y en la política lleva siempre á la locura del suicidio. Moderada en su victoria, consiguiera María el cariño inextinguible de su pueblo. Los vencidos mismos, con ser

tan poderosos aun despues de la derrota, deseaban mas perdones que desquites. Pero María se creyó musa inspiradora de la reaccion universal; y escribió á los Guisas, para que sostuvieran á una con pujanza la ortodoxa liga contra los hugonotes; y tomó sin premeditacion los auxilios en dinero procurados por aquel Felipe II, que deseaba extinguir la conciencia humana bajo el frio granito de su gigantesco Escorial; y tramó con Pio V conjuraciones contra los derechos de sus propios súbditos y la independencia de su propio reino; sin comprender ni sentir que al concitarse, tan léjos, tales amigos verdaderamente nefastos á su corona y á su patria, heria los privilegios de su parlamento, los cánones tradicionales de la constitucion consuetudinaria de su imperio, la vida misma del Protestantismo cuya libertad habia jurado, el poder inmenso de nacion tan formidable como Inglaterra y de rival tan temible como Isabel. María Estuardo, así en su vida privada como en su vida pública, se dejó arrebatarse siempre por las emociones de una pasion incesante, y por los vértigos de una ira, que rayaba en desapoderada cólera con facilidad, y que caía con frecuencia en triste descorazonamiento. Y tenia que luchar, ciega y arrebatada, con el disimulo mas frio, con la doblez mas taimada, con el cálculo mas matemático y seguro, con la crueldad mas implacable, con la diplomacia mas terrible y astuta, con la perspicacia mas fina, con la política mas mesurada, con toda una Isabel de Inglaterra, frente á la cual se constituia la infeliz en amazona inexperta, y atropellada, y ciega, y arbitraria, del retroceso universal.

Si al fin tales errores en las ideas se hubieran compensado con estoica severidad en las costumbres, María Estuardo apareceria hoy mas pura y menos culpada en el juicio de la posteridad. Pero como se dejaba llevar de sus emociones y obedecia servilmente á los mas contrarios afectos, era tornadiza y móvil en sus privanzas y en sus amores. Prendóse de Darnley con verdadera exaltacion; y le hizo en seguida esposo y monarca, sin pararse, ni á prever las consecuencias políticas de tal enlace, ni á sondear las profundidades íntimas del propio corazon. Cual no estudiaba María las consecuencias políticas de sus actos, tampoco estudiaba la duracion de sus propios afectos. Antes del matrimonio, su elegido la dominaba con soberano dominio, y conseguia de su fácil amor las mayores distinciones. Despues de su matrimonio, desvane-

cida la ilusion primera, extinto el amor, satisfecha una engañosa pasion mas viva que durable, despojado el ídolo de los esmaltes con que lo adornara su propia fantasía, comenzó á sentir una repugnancia contra él, solo comparable, por lo exaltada y lo vivaz, á su antigua inclinacion. Y si, al fin, semejante engaño de sí propia lo purgara con una reconcentracion profundísima dentro de su conciencia, cual exigian sus deberes de reina y de mujer, todavía encontrara excusa en la conciencia y compasion en la historia. Pero María Estuardo se apartó de su esposo á los seis meses apenas de casada, para caer, por su mal, bajo la deshonrosa tutela de torpe favorito. Y estas caprichosas voluntariedades aumentan la gravedad suma de su inconstancia y la reprobacion severa del humano juicio inscrito definitivamente ya en los anales de la historia por la humana conciencia.

Este favorito se llamaba David Riccio, jóven italiano, con todas las supersticiones católicas y con todas las corrompidas costumbres propias de aquellos extraños tiempos. Apenas contaba treinta años, cuando por su prestancia personal y sus habilidades artísticas, habia pasado en Edimburgo nada menos que de criado del embajador saboyano á favorito de la Reina María. Apuesto de figura; en sus ademanes y en sus palabras atrevido; placentero y regocijante, por lo agudo del ingenio, y lo abundoso en gracias y en destrezas; culto, pues habia bebido la cultura esparcida entonces en los aires de la hermosa península y con tan extraña facilidad respirada por todos cuantos en ella vivian; gran tañedor de cítaras y violas; dotado con algunas inspiraciones de músico y compositor; de voz agradable y de facilidad para componer ó recitar versos de sus poetas nacionales en aquella lengua de los dioses; el jóven Riccio debia brillar mucho entre aquella corte compuesta de severos predicadores calvinistas y de rudos patricios feudales. Camarero en sus comienzos de María Estuardo, elevóse bien pronto á secretario; y de secretario á conductor principal en los negocios extranjeros; y de conductor principal en los negocios extranjeros á ministro, privado, favorito. Él anudó las relaciones de la Reina con el Papa; escribió los mas temerarios despachos á Felipe II; urdió las intrigas escocesas en la corte de Francia; fomentó las rebeliones de la liga; conspiró contra el poder de Inglaterra; dispuso el matrimonio de María; y no contento con el poder oculto granjeado

á la fortuna por su prestancia y por su ingenio, brilló con todos los esplendores del lujo, sin miedo á la envidia; y compensó las humillaciones sufridas en su baja condicion primera con todos los extremos de una insolente arrogancia.

Darnley, que le debiera su matrimonio y su corona, guardóle grande amistad, mientras estuvo en paz con su mujer y con su Reina. Pero, despues de sobrevenidas terrible desavenencias matrimoniales, imputóle una desgracia solo imputable, aparte las veleidades propias de María Estuardo, á sus propias ambiciones vanas, á su engreimiento pueril, á su dureza cruel, á su cobardía irremediable, á sus tránsitos de las bajezas mas viles á los ensoberbecimientos mas orgullosos. El amor se inspira fácilmente por prendas corporales, pero solo se conserva por virtudes soberanas del alma. Bajo en sus sentimientos, vulgar en su conversacion, destituido de ideas, propenso á todas las sensualidades, pasaba el nuevo rey del juego á la bebida, y de la bebida á la caza, y de la caza á la orgía, sin curarse mucho, mientras ella le quiso á él, de la mujer que le alzara por amor á su lecho y á su trono, y tratándola con la dureza de un tirano brutal, y no con la cortesía de un caballero y menos con el amor de un esposo; por todo lo cual se la enajenó en términos de trocarse la pasion del amor antes sentida, en pasion de reconcentrados odios, los cuales llevaban, por desgracia, en sus entrañas ponzoñosos gérmenes de desventuras trágicas. María prometió á su novio dignidades y honras y riquezas regateadas luego á su marido. Entre todas ellas, descollaba, como la mayor, aquella conocida con el nombre de corona matrimonial, por cuya virtud el título de monarca no debia reducirse á simple honor, sino extenderse á coparticipacion efectiva en el supremo poder y en la real soberanía. Mientras Darnley aguardó con esperanza de logro tamaña dignidad y poder del favor obtenido por las gracias de Riccio en el ánimo de María, estuvo muy de buenas con el privado; mas le declaró guerra implacable y á muerte así que cayera sobre su pecho la persuasion del irremediable malogro de sus ambiciones. Y un dia dijo á sus confidentes haber descubierto que Riccio era el amor predilecto de su esposa y el criminal causante de su desgracia y de su deshonra, por lo que prometia sin escrúpulo ante Dios y los hombres tomarse bien pronto de él cruentísima venganza.